

dria dejarnos condenados á vegetar en las angustias de una miseria perpetua. Pero el Dios de las misericordias eternas no nos ha reservado para una prueba tan peligrosa. “Esforzaos, nos ha dicho, á merecer la bienaventuranza de los cielos con obras de justicia, y todos los demas bienes os serán concedidos.” Así las imágenes del mundo presente están unidas á las realidades del mundo futuro, y lo que comienza en el tiempo, acaba en la eternidad.

El catolicismo es el nudo que constituye á un tiempo nuestros dos destinos: es una madre que, llena de prevision y de ternura, no solamente estiende su solícito cuidado á la conservacion y acrecentamiento de la vida del alma, sino que abraza en su divino anhelo esta vida corporal á la que amenazan tantos accidentes, y que es en la tierra la condicion necesaria del mérito y de la recompensa, el precio de la gloriosa inmortalidad. Aunque al parecer no sea su objeto mas que hacernos felices en la otra vida, concurre poderosamente desde este mundo á hacer nuestra felicidad. Asegurando al individuo su dicha eterna, prepara en el tiempo la de la sociedad.

Convenia que así fuese, porque no sucede con la sociedad como con el individuo bajo el respecto de su mútuo destino. Si este padece en la tierra, sus penas pueden ser recompensadas ámpliamente mas allá del sepulcro con una felicidad interminable. Pero la sociedad como ser moral nace y muere aquí; y si debe tener castigos ó recompensas, solamente

en la tierra puede recibirlos, á lo cual ha proveido abundantemente el Criador. A fin de recordar al hombre formado de dos sustancias el objeto verdadero de sus afanes, ha querido que dependa las mas veces la salud corporal de la perfeccion del alma humana que le aleja de nocivos escesos. Así, para recordar su fin verdadero á las sociedades humanas, igualmente formadas de dos sustancias, ha querido poner por primera condicion de la felicidad social la posesion de la verdad religiosa. Como el cuerpo del hombre necesita un pan material, la sociedad temporal ha menester de la agricultura y la industria. Pero como el alma humana reclama el pan de la inteligencia, la sociedad espiritual, que es el alma de toda agregacion de individuos, reclama la verdad religiosa. Por eso la union del trabajo y de la Religion produce el órden y la paz en los Estados.

Mas del mismo modo que si el hombre llega á consumirse en las convulsiones del error ó á debilitarse en el vacío que á su rededor deja la ignorancia, no puede encontrar salvacion sino dando otra vez á su alma un alimento conveniente que la mantenga; así las sociedades, trabajadas por una desazon general ó agitadas por los torbellinos de las pasiones humanas, no pueden poner un término á sus oscilaciones, sino recibiendo las inspiraciones del catolicismo, único capaz de ayudar á reanimar á las sociedades espirantes.

En efecto, no se nos puede disputar con razon

que el espíritu de sacrificio que se resume en la sujeción del interés privado al interés general, no sea una de las primeras leyes cuyos efectos son invariables para la fortuna pública, uno de los primeros rudimentos de la riqueza social. Como los elementos de la duración de una sociedad son tanto más poderosos, cuanto mayor la adhesión mutua de los que la componen; tanto mayores serán las ventajas sociales que se repartan entre todos, cuanto más energía tenga el espíritu de sacrificio. Por eso la doctrina católica que manifiesta este espíritu de sacrificio en el término de su perfección, es dentro de la esfera de su actividad una de las condiciones esenciales á la prosperidad material de la multitud. Quizá se le crea contrario al progreso de cada fortuna individual y poco favorable á la fortuna pública, porque exige una abnegación continua y una resignación constante del hombre, y clasifica entre los mayores vicios la sed desordenada de riquezas; pero es una equivocación grandísima.

Cuando el cristiano subordina su interés privado al interés de todos, la sociedad saca ventaja de su desinterés y privaciones. Si da pan al pobre, este encuentra lo que la caridad saca á aquel. Si llena sus promesas con fidelidad, su buena fé y su puntualidad aprovechan á los que están en relaciones de negocios con él. Hasta los alimentos de que se abstiene por virtud, sirven para sustentar á sus semejantes. Así, los sacrificios del cristiano, aunque

su principio esté en el amor de Dios, tornan siempre en beneficio de la sociedad. Si parece que empobrecen á los que los hacen, enriquecen siempre al prójimo en cuyo favor se presentan. Por consiguiente, cada miembro de una sociedad católica encuentra en los sacrificios de otro una amplia compensación de los suyos propios. Así es, que cuando en vez de buscar la riqueza de cada uno en la riqueza de todos, se ha tratado de tomar su principio generador del desenfreno de todas las codicias, ha invadido al mundo una concurrencia doblemente ruinosa. Tal fué el fatal resultado de los principios admitidos por los economistas del siglo XVIII; y eso es lo que ha hecho estériles las grandes tareas de los Smith, de los Say y de los Ricardo.

El señor Eugenio Buret, cuya obra sobre la miseria de las clases laboriosas es una de las más notables que la filosofía práctica y la escrupulosa observación de los hechos han producido, está lejos de adoptar la teoría de aquellos escritores sobre la baja de los jornales. Deplora amargamente sobre todo que solo hayan visto en el trabajo un valor de cambio y no el valor moral que se halla igualmente en él. Quejase con razón de que despreciando con harta frecuencia la moral, han hecho la ontología de la riqueza. “La actividad industrial, dice, no ha tenido otro objeto: la Inglaterra, los Estados Unidos y la Francia han emprendido la conquista de ella, como los conquistadores que comen-

zaron la historia moderna se apropiaron el suelo. La nueva industria ha procedido por los vigorosos esfuerzos de una fecunda anarquía, y se ha precipitado sobre el terreno de la producción como en una refriega. Su objeto era la posesión, la riqueza y no la felicidad de los hombres." Acusa á aquellos economistas de que han olvidado en sus fríos cálculos, que la vida, la salud y la moralidad de muchos millones de hombres están comprometidas en la cuestión. Juzga que si no se corrigen á tiempo el desacuerdo que existe entre nuestros sistemas de economía social seguidos hasta el día, y los principios morales en que descansa nuestra civilización, será una causa incesante de peligros para la sociedad. Nos proporciona una prueba incontestable de hecho, que tiende á convencernos de la insuficiencia de los sistemas que se conciben con exclusión de los principios católicos. Ese es el fenómeno de la miseria al lado del gran fenómeno de la riqueza. Observa que entre las naciones mas civilizadas hay pueblos enteros reducidos á la agonia del hambre, á las angustias de la miseria física y moral. En donde quiera ve que la miseria acelera el paso con el progreso de la industria, y no puede uno menos de asombrarse de la fuerza de los raciocinios con que apoya esta observación. Cita la miseria comprobada en algunos lugares de Francia. Los departamentos mas ricos y populosos son los que cuentan mas indigentes. Así reclama con toda energía la saludable influencia del

catolicismo en auxilio de la economía social, que tiene que ocuparse con especialidad en perfeccionar moralmente á los pueblos.

Nuestros economistas mas recientes parece que convienen en esto. Conocido es el célebre sistema de Malthus sobre el principio de la población, que tan deplorables resultados ha tenido en Inglaterra y en Francia, y el relativo á la dirección que debe darse á la caridad pública. El señor Ballanche, remontándose á las mas altas consideraciones filosóficas, morales y sociales, proclama el sentimiento religioso, inmortal como nosotros, y la certeza que Dios no cesa de velar sobre el destino del género humano. "Esta es, dice, el arca de la alianza que va siempre delante del pueblo." El señor de Villermé da la mayor importancia á la influencia moral y religiosa sobre los resultados de la industria. Los señores Duchatel, Blanqui, Dros y de Laborde nos parece que han considerado juiciosamente el espíritu de asociación.

El señor J. A. Robert, en su obra intitulada Plutonomía, explica admirablemente la economía social bajo su verdadero punto de vista: hace consistir la civilización en el progreso de la moralidad, de la ilustración y de la riqueza. "El cristianismo, dice, ha realizado el sueño de Arquímedes, creando la palanca desmesurada y omnipotente, que tiene un extremo en los cielos á los piés de la divinidad, y con el otro toca en el corazón humano. El cristianismo ha elevado la humanidad, y sobrepuéstola

á ella misma. El solo introduciendo en el mundo moral la igualdad ante Dios y en la Iglesia, ha podido hacer esperar á los hombres el prodigio de la igualdad ante la ley. Solo él ha podido proporcionar á la pobreza la compensacion de los gozes del lujo. El cristianismo es la civilizacion por esencia: no hay perfeccion indefinida mas que para los cristianos. Solo ellos pueden adornar la tierra hermoseándola y fecundándola, porque ellos solos saben santificar el trabajo y ennoblecer el jornal, y ellos solos pueden poblar el suelo de esperanzas al regarle con su sudor."

Si son inminentes algunas catástrofes en decir de muchos, á la doctrina católica toca precaverlas. Para poner un término á los padecimientos de las clases laboriosas, es preciso enseñarles y hacerles amar los principios religiosos, que iluminando toda inteligencia, dan fuerza para llenar todos los deberes. Es menester que la sociedad encumbre su vuelo hácia las alturas del pensamiento divino en sus instituciones, en sus leyes, en las formas diversas de su existencia. ¿Quién no sabe que del seno del catolicismo emanan las tres condiciones indispensables al adelantamiento de la industria, á los progresos de la agricultura y de las ventajas del comercio, la seguridad, la libertad y la caridad?

Así como entre la multitud de los cautivos se reconoce á los monarcas destronados en el peso de sus cadenas, del mismo modo se presenta á los ojos de todos el hombre agobiado con la enorme carga

del pecado original. No tenemos suspiros bastantes para dedicar uno á cada especie de las miserias que le asalten. El trabajo que al principio fué una distraccion nada mas, se ha convertido en una sujecion importuna para él, la dura ley de la necesidad. Siendo condiccion de la riqueza humana, implica con el convencimiento de nuestras muchas y urgentes necesidades la certeza de satisfacerlas. Quítese al trabajador la seguridad del jornal, al labrador la esperanza de las cosechas, al hombre industrioso el fruto de su laboriosidad, y al negociante la probabilidad de la ganancia, y no tardaria el género humano, entregado á la ociosidad, en disputar su pasto precario á los animales. Sin esta seguridad, el arado quedaria abandonado, y los talleres desiertos. Ella despierta al labrador con la aurora, alivia los brazos fatigados del artesano, y cubre los mares de pilotos. La seguridad es el motivo determinante del trabajo; y á medida que se altera, se embotan las fuerzas generadoras de la riqueza, y quedarían completamente estériles si aquella llegase á desaparecer del todo. Pero ¿qué vendria á ser esta seguridad generadora de todas las riquezas, que en suma no es mas que un derecho de propiedad, si no presupusiera un poder protector? La conciencia individual no seria una muralla inexpugnable contra el depotismo que la altera, y contra la anarquía que á cada instante amenaza tragarla como un abismo insondable. Solo unos grandes principios de sociabilidad pueden afianzarla á

la humanidad; y la historia, de acuerdo con la razón, prueba con toda claridad posible que la sociabilidad procede de las creencias.

Las tradiciones de todos los pueblos nos repiten con el autor del Génesis, que el primer hombre salió sociable y creyente de las manos del Criador. La misma filosofía ha venido al punto de explicar la sociedad por medio de una potencia sobrenatural; y las luces de la razón nos persuaden que cuanto más puras son las creencias de los pueblos, más recta es la tendencia general de las naciones, y más en armonía está con el orden: en consecuencia, el derecho de la propiedad es más inviolable, y más completa la seguridad del jornal. Por este título el catolicismo proporciona á los pueblos una superioridad radical en materia de economía. Como expresión del pensamiento divino más perfecto, es la doctrina más verdadera, y de consiguiente el manantial social más fecundo en las riquezas. Solo él llena de una manera absoluta las condiciones inherentes al culto de una sociedad. Los elementos de riquezas acrecen en la forma que les es propia, por el concurso de la agricultura que produce las primeras materias, por la industria que las trabaja, y por el comercio que las cambia. Por eso á medida que llegasen á debilitarse las creencias católicas en el seno de las naciones, perdería la seguridad pública de su estabilidad en idénticas proporciones (1).

(1) En las obras de los señores de Coux y Villeneuve de Bergemont se hallan importantes explicaciones sobre esta materia.

Amigo el catolicismo del orden y de la paz, condena con no menos severidad el despotismo que la anarquía, que menoscaban peligrosamente la fortuna pública. Destruye en su gérmen las pasiones perturbadoras, consuela en todos los padecimientos, y realiza el incremento infinito de la confianza recíproca, al que deben todos los ramos de la producción tan grande parte de su fecundidad. Compárese el estado de los pueblos que viven á la sombra de la ley cristiana, con el de las que han quedado fuera de ella hasta aquí, y no podrá menos de confesarse que constantemente las ha guiado por las sendas de una civilización digna de su alto destino; porque ¿quién podría dejar de convenir en que la fortuna pública está siempre en relación con el grado de seguridad y de libertad de que disfrutaban las naciones? Si el catolicismo nos asegura el primero de estos principios generadores de la riqueza, ¿cuán abundante parte no nos da del segundo!

No presenta ningún sistema gubernativo, ninguna ley civil; y su intervención en esta parte no pasa de la consagración de todo orden existente. Proclamando la sumisión indispensable para el mantenimiento de la tranquilidad pública, solo asienta principios generales. Prescribe deberes personales al creyente, y deja á la conciencia colectiva de los pueblos el cuidado de acomodar á él su organización esterior sin el concurso de una culpable violencia. La naturaleza de los poderes y sus diversas atribuciones en la esfera que les es propia, le im-

portan muy poco, con tal que todos estén animados de su espíritu, y que su moral ejerza una influencia decisiva en las leyes, en los usos y costumbres públicas. El poderío de las naciones y su verdadera energía dependen de la perfecta armonía de las creencias religiosas con las instituciones civiles. Entonces el interés temporal presta su fuerza al interés espiritual, y concurren juntos al mismo objeto, á la conservacion y al incremento de la sociabilidad general por la conservacion y el incremento de la sociabilidad individual. Así la Religion de Jesucristo se presta con admirable facilidad á las ecsigencias mas diversas de tiempos y lugares; y por esto en parte ha recibido de sus mismos enemigos el precioso título de católica.

Con todo, no hay que confundir la libertad con la licencia. Cuando la industria ha tomado tan rápido vuelo en Inglaterra y en Francia, el principio fundamental ha sido *el dejar hacer y dejar marchar*. Pero porque la industria no puede nacer sin la libertad, ¿debe concluirse que la libertad es todo, y que basta para gobernar el mundo dejarle que ande solo? No, porque nadie se atrevería á sostener que los intereses de los individuos y de las clases de individuos se equilibran de modo que formen una armonía universal. No debe perderse jamas en seguridad lo que se gana en libertad. Si la una, dice ingeniosísimamente un hábil economista, es el suelo que sostiene la prosperidad pública, y la savia que la alimenta; la otra es la luz que la colorea y el ro-

cío que la riega. Esta es la obra del catolicismo.

El establece una igualdad real compensada la superioridad de los unos sobre los otros con obligaciones mas terribles, y así hace á los pueblos mas libres y felices. El, despues de cuarenta siglos de servidumbre, propagó la libertad nacida de la sangre de Jesucristo, y adelantó la emancipacion progresiva de la humanidad entre las calamidades y las tempestades sociales que siempre ha calmado. El, despues de haber libertado de las cadenas de la esclavitud, á pueblos degradados por una larga y dura opresion, los ha hecho llegar á la industria inteligente y á la propiedad, asegurando la suerte de nuevos libertos por mil medios. Por último, él nos revela cada dia derechos tanto mas preciosos, cuanto la eternidad es superior al tiempo, y cuanto que insiste sobre los medios legítimos con que hay que conquistarlos. *Va siempre fortificando el orden con la libertad, y la libertad con el orden.*

Enseña á las clases laboriosas á evitar casi siempre los tormentos de la indigencia con los deberes que les impone. Si las causas del pauperismo, por parte de los que son víctimas de él, se reducen á la pereza ó á los escesos que absorben el producto del trabajo, y acarrea á veces largas y dolorosas enfermedades, el cristianismo combate ambas causas. Recuerda al hombre que debe ganar el pan con el sudor de su rostro, y le prescribe severamente que enfrente las pasiones fogosas.

El filosofismo, borrando los nombres de Provi-

dencia y de inmortalidad, secando la fuente de las inspiraciones fecundas, endureciendo el egoismo y desatando las ambiciones, sentó el amor al dinero como axioma. El cristianismo condena este amor desordenado de las riquezas, uno de los mantiales tristemente fecundos en desórdenes para la humanidad, ese orgullo materializado que se rebela contra el orden establecido por el sábio dispensador de todos los dones. Fulmina anatema contra ese egoismo de la posesion, y no nos descubre mas que engaños en la codicia, que ostentando cada dia nuevas ecsigencias en nuestro siglo, apenas descansa cuando ya está rebosando oro. Tales medios pueden escitar la industria por algun tiempo; pero no tardan en convertirse infaliblemente en ruina de las costumbres y de todas las virtudes religiosas y sociales.

El catolicismo, lejos de aislar y desunir destruyendo todas las relaciones entre los poderosos y los débiles, nos presenta fundada la sociedad cristiana en los dos vínculos de la fuerza y la debilidad: la una impone el deber de proteger, y la otra da el derecho de reclamar un apoyo. Opone el sacrificio de cada uno á la utilidad de todos, para destruir el egoismo materialista cual le han formado los filántropos de nuestro siglo; y no cesa de sembrar principios de fraternidad en el mundo, pero sin menoscabar ninguna de sus gerarquías. Su espíritu compasivo con los débiles y con la desgracia, y enemigo de la violencia, inspira á los hombres las

ideas de sacrificio de su divino Fundador. Impone á todos la caridad como ley, dándole por sancion penas y recompensas eternas; escita los corazones capaces de nobles emociones, y por temor ó por amor estrecha al rico para que abra su mano en el seno de la indigencia, y alivie el infortunio del miserable. ¿Puede haber un medio mas propio para asegurar los progresos de la prosperidad pública?

El catolicismo enseña á los opulentos que los bienes no se les han dado para ellos solos, que con la riqueza se les ha confiado la empresa mas noble: que son los representantes de la Providencia y encargados de atender á todas las necesidades humanas con una prudente cordura: mision magnífica si la comprenden; pero de una tremenda responsabilidad, porque Dios les pedirá cuenta de todas las murmuraciones de la indigencia contra su bondad paterna. Para estimularlos con el ejemplo, nos hace como asistir al espetáculo que en todas las grandes épocas han dado algunos cristianos, despojándose voluntariamente de sus riquezas para distribuir las á los desgraciados. Sea cuando arruinado el imperio romano se retiraron las virtudes cristianas bajo las palmeras de la Tebaida, en las rocas de Subiac y del monte Casino; sea cuando volviendo al seno de las nuevas sociedades aparecieron las mismas virtudes entre los hombres con S. Francisco de Asis y S. Bernardo; sea cuando la ciencia que cura las enfermedades, muda y des-

concertada con los estraños síntomas de la plaga devastadora, tenia no ha mucho que presenciar los estragos de aquella sin poderlos atajar, dejando pasar en silencio la cólera de Dios, y la caridad que con su vista perspicaz penetraba la causa secreta de la ansiedad de los moribundos, les prometia adoptar á sus hijos abandonados y servirles de padre; finalmente, sea cuando se dispersaron por el universo las piedras del santuario de la ilustre Iglesia de España, la caridad se muestra tan admirable en nuestros dias, que á todos los recoge, y los pueblos rivalizan dignamente en los actos prodigiosos de aquella virtud, con sus venerables Pontífices, que despojándose de su patrimonio y de cuanto poseen, restauran á sus espensas los nobles restos de una borrasca deshecha (1).

Fácil es concebir que una religion que respeta la indigencia y santifica las lágrimas, ordena el desprecio de las riquezas y aconseja su abandono, hará refluir incesantemente abundantes socorros hácia las clases menesterosas. Pero no se comprende bastante la delicadeza que inspira para con las almas quebrantadas con dolores de toda espe-

(1) Todos los obispos franceses han acudido unánime é instantáneamente á socorrer á los refugiados españoles. Pero como rasgo digno de trasmitirse á la posteridad, debe citarse la conducta admirable del Illmo. señor de Prilly, obispo de Chalons, que hace un año entero que está satisfaciendo con caridad paterna las necesidades de doce de aquellos infortunados á quienes da habitacion en el palacio episcopal, y hace sentar todos los dias á su mesa.

cie, los medios que sugiere para ausiliarlos, sin obligarlos á sonrojarse de haber alargado la mano, y para librarlos del peso á veces tan enorme del agradecimiento. No se conoce bastante su tierna inquietud por aquellas débiles criaturas, fruto del crimen las mas veces, y que serian otras tantas víctimas condenadas á la muerte desde su nacimiento, si la religion no tuviera fijos los ojos sobre su cuna. Severa por exceso de amor, amenaza hasta con anatema á las que les sirven de madres, si por olvido voluntario de las precauciones fundadas en la esperiencia, espusieren á perecer aquellas tiernas plantas antes de tiempo. Así, es un deber para nosotros aplaudir la alta solicitud, los esfuerzos constantes y generosos que han cubierto el suelo de Francia de establecimientos piadosos, donde es recogida la infancia abandonada, é instruida desde luego en las virtudes religiosas y sociales. Aplaudimos de buena gana la rehabilitacion de los tornos para los espósitos que se habian suprimido, la prosperidad de las escuelas de párvulos, de los hospicios para ancianos y enfermos y de las cajas de ahorro, de prevision y de socorros mútuos. Si se nos permite que al concluir esta obra espresemos nuestros deseos en beneficio de la economía social de Francia, reclamaremos con instancia una educacion religiosa para la juventud, la propagacion de las casas llamadas talleres de caridad, como ecsisten en Marsella y en Burdeos, una parte mas amplia de estímulo á la agricultura y la mejora de nuestras

colonias, que bajo tantos aspectos se ha hecho indispensable, y con cuya suerte futura está unida tan íntimamente nuestra prosperidad nacional.

Si á pesar de nuestros esfuerzos para conseguirlo, nuestra esplicacion ha sido infructuosa, consolémosnos á lo menos con el pensamiento que nos ha inspirado este escrito. ¡Ojalá que él contribuya á atraer los ánimos á las santas creencias y á la fé antigua, de que desviaron á los mas las fascinaciones de una ciencia falsa ó incompleta! ¡Ojalá que la armonía de la razon con la fé traiga pronto á una unidad sublime la filosofia, los cultos disidentes y la economía política! Recibiendo entonces estas diversas ramas del árbol social una savia purificada, entrarán como otros tantos elementos de orden, de virtud y de prosperidad en las direcciones dadas á la organizacion de la gran familia cristiana. La fé, reina del entendimiento y del corazon, entenderá sus nobles conquistas á larga distancia, y los franceses se amarán todos como hermanos. Quedará demostrado hasta la evidencia que del catolicismo, fuente de las verdades religiosas y morales, derivan los principios generadores de los verdaderos bienes; los únicos que aseguran un bienestar cierto á los individuos y una prosperidad durable á los imperios.

FIN.

INDICE.

INTRODUCCION.

Sumario.

Tres necesidades urgentes se descubren en las sociedades modernas con todo el sentimiento de su energía: 1.º el racionalismo ha dejado tal vacío en las creencias de los pueblos, que sola la fé puede llenarle y poner término á sus oscilaciones.—2.º El entendimiento humano ha progresado en una escala tan vasta, y ha tomado tal impulso la industria, que la poblacion acrecentada dentro de semejantes límites reclama mas que nunca en favor del progreso.—3.º Hay tantos hombres que solo han recogido errores y engaños de las vanas teorías que los habian seducido en las largas y penosas luchas en que se empeñaron, que quieren en adelante paz y union.—4.º Exposicion del asunto.—5.º Division de la obra..... 4

CAPITULO PRIMERO.

DE LA DOCTRINA CATÓLICA.

Sumario.

Necesidad de una doctrina para las sociedades.—Consecuencias de este principio.—Elementos de la doctrina católica.—De la revelacion.—Lo que es segun la filosofia del siglo XIX.—Confesiones de los antiguos filósofos.—De la tradicion.—Autenticidad de los libros santos.—Autoridad de la Iglesia.—Debilidad de la razon.—Necesidad de la fé.—Teorías filosóficas de los siglos XVIII y XIX.—De los misterios.—Corolarios en favor de la necesidad que tienen las sociedades modernas de fé, de progreso, y de paz y union.—Relaciones entre la razon y la fé.—Alianza entre la ciencia y el catolicismo.—Consideraciones sobre los resultados generales de los diversos sistemas filosóficos tanto antiguos como modernos..... 25